

# POR EL IV CENTENARIO DE LA PUBLICACIÓN DE LA PRIMERA PARTE DEL QUIJOTE

---

## LAS AVENTURAS GRECORROMANAS DE DON QUIJOTE\*

Tarsicio HERRERA ZAPIÉN

Quien busca solazarse con las aventuras que, valiéndose de sus saberes latinos, corre Cervantes al desplegar su vasta novela sobre Don Quijote, comienza por alarmarse. En efecto, en su prólogo, el novelista refiere que un amigo letrado le ha aconsejado iniciar su narración citando alguna frase latina que se sepa, como:

Non bene pro toto libertas venditur auro.<sup>1</sup>

Sólido aforismo que interpretamos así:

Por todo el oro del mundo no vendas tu libertad.

Pero, a renglón seguido, el amigo le sugiere a Cervantes: “Y luego, en el margen, citar a Horacio, o a quien lo dijo”.<sup>2</sup> Y el lector cae en el garlito

\* Leído en sesión pública solemne de la AML, celebrada en la Universidad de Guanajuato el 28 de abril del 2005.

<sup>1</sup> Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, ed. y notas Francisco Rico, presentaciones Mario Vargas Llosa, Francisco Ayala y Martín de Riquer, estudios sobre “La lengua de Cervantes y el *Quijote*” de José Manuel Blecua, Guillermo Rojo, José Antonio Pascual, Margit Frenk y Claudio Guillén, Madrid, Real Academia Española/Asociación de Academias de la Lengua Española/Alfaguara, 2004, Prólogo, p. 10. (Todas las citas del *Quijote* proceden de esta edición del IV Centenario.)

<sup>2</sup> *Don Quijote*, p. 11.

de creer que esa frase es de Horacio, príncipe de la lírica. Mas nos llevamos un chasco, pues la sentencia ni siquiera es del latín áureo de Virgilio u Horacio; por el contrario, pertenece a una versión medieval de una fábula de Esopo.

Y el amigo continúa aconsejando a don Miguel:

Si tratáredes del poder de la muerte, acudir luego con:

*Pallida mors aequo pulsat pede pauperum tabernas  
Regumque turres.*<sup>3</sup>

Bien. Ahora ya asesta Cervantes sus primeros mandobles. Lo tendrá muy presente en el capítulo 58 de la Segunda Parte: “la muerte, que así acomete los altos alcázares de los reyes como las humildes chozas de los pastores”.<sup>4</sup>

(O bien, en mi versión rítmica:

Pálida muerte pega      con igual pie insolente  
en las chozas de pobres      y en torres de potentes.)

Y esta sí es una sentencia de Horacio, aunque ya el amigo no lo declare.

Añade el amigo dos sentencias evangélicas, ambas de san Mateo. La primera dice: *Ego autem dico vobis: diligite inimicos vestros* (o sea, “Mas yo os digo: amad a vuestros enemigos”); y luego: *De corde exeunt cogitationes malae* (es decir, “Del corazón salen los malos pensamientos”).<sup>5</sup> Ya ha asomado aquí la absoluta actitud creyente de Cervantes, con ese “amad a vuestros enemigos”. Y, de paso, nos enteramos de que la media latinidad del cristianismo es la que don Miguel maneja con más soltura.

A continuación se observa que el consejero amigo del novelista, así como mostró su mucha afición a Horacio al adjudicarle una bella frase que no era suya, hace otro tanto con Catón, pues a él también le adjudica

<sup>3</sup> Ídem.

<sup>4</sup> *Don Quijote*, II, 58, p. 989.

<sup>5</sup> *Don Quijote*, Prólogo, p. 11. Cf. MATEO, V, 44 y XV, 19.

un dístico elegíaco que, en vez de ser suyo, es de Ovidio y se encuentra en sus elegías *Tristes*:

Donec eris felix, multos numerabis amicos;  
*tempora si fuerint nubila, solus eris.*<sup>6</sup>

(Vierito:

Amigos contarás        muchos si eres dichoso  
mas en tiempos lluviosos,        solo te quedarás.)

Y el consejero, mientras continúa asesorando a Cervantes, sigue exhibiendo su gran afición al mundo clásico:

Si tratáredes de ladrones, yo os diré la historia de Caco, que la sé de coro; [...] si de crueles (*sc.* mujeres), Ovidio os entregará a Medea; si de encantadores y hechiceras, Homero tiene a Calipso y Virgilio a Circe; si de capitanes valerosos, el mismo Julio César os prestará a sí mismo en sus *Comentarios*, y Plutarco os dará mil Alejandro.<sup>7</sup>

Hasta ahí ha hablado el amigo imaginario, que no es sino el mismo Cervantes, quien ha desplegado aquí la baraja de sus poetas y prosistas clásicos favoritos, que son los griegos Homero y Plutarco, además de Aristóteles, a quien luego citará; y los latinos Ovidio, Virgilio, Catón y César, pues todos ellos irán reapareciendo a lo largo de los 126 capítulos del *Quijote*.

#### CERVANTES APLICA LAS LECCIONES DE LOS GRIEGOS

Ahora bien, ¿cómo asimila Cervantes los consejos que imagina le ha dado un amigo suyo humanista? Pues simplemente citando aquí y allá, docenas de veces, a los inmortales autores mencionados en el prólogo.

Si comenzamos por los clásicos griegos, Cervantes dice: “se haga para ello otra caja como la que halló Alejandro en los despojos de Dario, que

<sup>6</sup> *Don Quijote*, Prólogo, p. 11. Cf. OVIDIO, *Tr.* I, 9, 5-6.

<sup>7</sup> *Don Quijote*, Prólogo, p. 12.

la disputó para guardar en ella las obras del poeta Homero”.<sup>8</sup> Y, en otra parte, don Miguel declara: “los libros de caballerías, de quien nunca se acordó Aristóteles”.<sup>9</sup>

Y vuelve Cervantes a Alejandro Magno, aun por pasos un tanto forzados, como cuando escribe que la compañía “de la propia mujer es [...] accidente inseparable, que dura lo que dura la vida: es un lazo que, si una vez le echáis al cuello, se vuelve en el nudo gordiano, que, si no le corta la guadaña de la muerte, no hay desatarle”.<sup>10</sup>

Y, una vez más, el mismo motivo, cuando dice: “—Si nudo gordiano cortó el Magno Alejandro, diciendo ‘Tanto monta cortar como desatar’, y no por eso dejó de ser universal señor de toda la Asia, ni más ni menos podría suceder ahora en el desencanto de Dulcinea, si yo azotase a Sancho a pesar suyo”.<sup>11</sup>

Hay, por otro lado, un interés por Aristóteles, el cual muestra don Miguel cuando cita las opiniones del filósofo sobre los vapores calientes y secos que, al salir del centro de la tierra, daban origen a las estrellas fugaces: “En esto se cerró más la noche y comenzaron a discurrir muchas luces por el bosque, bien así como discurren por el cielo las exhalaciones secas de la tierra que parecen a nuestra vista estrellas que corren”.<sup>12</sup>

#### EL NARRADOR LATINO OVIDIO EN CERVANTES

Pero antes, una nota sobre la prosa latina. Tan solo parafrasearemos el estilo envolvente con que Cervantes circunda una célebre sentencia de César: Al “buscar la mujer con quien se quisiese casar[...], le aconsejaría que mirase más a la fama que a la hacienda, *porque la buena mujer no alcanza la buena fama solamente con ser buena, sino con parecerlo*, que mucho

<sup>8</sup> *Don Quijote*, I, 6, p. 64.

<sup>9</sup> *Don Quijote*, Prólogo, p. 13.

<sup>10</sup> *Don Quijote*, II, 19, p. 692.

<sup>11</sup> *Don Quijote*, II, 60, p. 1005.

<sup>12</sup> *Don Quijote*, II, 34, p. 819.

más dañan a las honras de las mujeres las desenvolturas y libertades públicas que las maldades secretas”.<sup>13</sup>

Pasando a los poetas, el vate latino favorito de Cervantes es Ovidio. De él cita una célebre frase cuando escribe: “el poeta natural [...] sin más estudio ni artificio, compone cosas, que hace verdadero al que dijo: *Est Deus in nobis*” (es decir, “Un dios está en nosotros”).<sup>14</sup>

Don Miguel toma de Ovidio tramas completas. Así, aunque la novellita del *Curioso impertinente* haya sido declarada como ejemplar, al estilo florentino, su argumento lo sacó Cervantes de las ovidianas *Heroidas* de Paris y Helena.<sup>15</sup>

Aquí, el protagonista es aquel Anselmo que encomendó al amigo Lotario el cuidado de su bellísima esposa Camila —ya se sabe que en Cervantes casi todas las mujeres son bellísimas, comenzando por su imagen ideal de Dulcinea—. Luego, el amigo raptó a la esposa que se le había encomendado, al igual que Paris había hecho con Helena en Esparta.

En otra parte, durante las bodas de Camacho el rico, Cervantes maneja la promesa matrimonial involuntaria que le hace a un pretendiente la que está por casarse con otro, al igual que Ovidio lo refiere en las *Heroidas* de Aconcio y Cidipe.<sup>16</sup> Porque, comenta astutamente don Quijote, “el amor y la guerra son una misma cosa, y así como en la guerra es cosa lícita y acostumbrada usar de ardides y estratagemas para vencer al enemigo, así en las contiendas y competencias amorosas se tienen por buenos los embustes y marañas que se hacen para conseguir el fin que se desea, como no sean en menoscabo y deshonor de la cosa amada”.<sup>17</sup>

<sup>13</sup> Cf. *Don Quijote*, II, 22, p. 716. (La frase en cursiva es paráfrasis del famoso dicho atribuido a Julio César. *N. del ed.*)

<sup>14</sup> *Don Quijote*, II, 16, p. 667. Cf. OVIDIO, *Fast.*, VI 5.

<sup>15</sup> Véase *Don Quijote*, I, 33-35, pp. 327-374. Cf. OVIDIO, *Ep.* XVI-XVII.

<sup>16</sup> Véase *Don Quijote*, II, 20-21, pp. 697-707. Cf. OVIDIO, *Ep.* XX-XXI.

<sup>17</sup> *Don Quijote*, II, 21, p. 713.

LA INSPIRACIÓN VIRGILIANA EN EL *QUIJOTE*

Otro poeta favorito de Cervantes es Virgilio. Acompañémoslo en sus recuerdos virgilianos. Notaremos que don Miguel se complace en usar a Virgilio como narrador de emotivas aventuras; o bien, como fuente de juegos de conceptos. Así, por ejemplo, apunta: “Y no le tuviera bueno Augusto César si consintiera que se pusiera en ejecución lo que el divino Mantuano dejó en su testamento mandado”<sup>18</sup> (es decir, que se quemara la *Eneida*, de la cual moría insatisfecho Virgilio; Augusto, sin titubeos, la hizo publicar).

En una ocasión, Sancho Panza se quejó de que lo habían manteado, y entonces don Quijote le aconsejó que olvidara esa burla, pues si el propio amo no la hubiera olvidado, “hubiera hecho en tu venganza más daño que el que hicieron los griegos por la robada Helena”.<sup>19</sup> Se refiere, desde luego, al libro II de la *Eneida*.

En otro capítulo, Cervantes cuenta que Cardenio cantaba ante Dorotea:

Siguiendo voy una estrella  
que desde lejos descubro,  
más bella y resplandeciente  
que cuantas vio Palinuro.<sup>20</sup>

¿Qué hace aquí Palinuro? Solo recordarnos que él era el timonel del navío de Eneas, en el libro VI de la *Eneida*.

Y muy buen partido sabe sacar Cervantes de lo que Virgilio ha hecho decir a Anquises, padre de Eneas, en un consejo memorable:

tu, [...] Romane, memento  
parcere subiectis et debellare superbos.<sup>21</sup>

<sup>18</sup> *Don Quijote*, I, 13, p. 118.

<sup>19</sup> *Don Quijote*, I, 21, p. 191.

<sup>20</sup> *Don Quijote*, I, 53, p. 446.

<sup>21</sup> VIRGILIO, *Aen.* VI, 851-853.

[Esto es:  
Tú, [...] romano, recuerda  
perdonar a sumisos y aplastar a soberbios.]

A este consejo se remite don Miguel cuando, en el castillo del Caballero del Verde Gabán, dice generoso don Quijote a don Lorenzo que quisiera “enseñarle cómo se han de perdonar los sujetos y supeditar y acocear los soberbios”.<sup>22</sup>

Empero, Cervantes juega a invertir en broma ese mismo dicho de Virgilio en otro lugar, cuando hace que Sancho tropiece al decirle a don Quijote: “¡Oh liberal sobre todos los Alejandro[s] [...]! ¡Oh humilde con los soberbios y arrogante con los humildes!” Sin embargo, luego rectifica, y llama a don Quijote “imitador de los buenos, azote de los malos”.<sup>23</sup>

Y desde luego que encontramos en el *Quijote* otras citas del más genuino y emotivo Virgilio. Así, cuando la condesa Trifaldí dice que había sido enterrada la reina Maguncia, trae aquí a cuento la queja que Virgilio expresa al iniciar su relato de la guerra de Troya:

Quis talia fando temperet a lacrimis?<sup>24</sup>  
[Es decir:  
¿Quién, al referir esto, refrenará las lágrimas?]

Luego, en la aventura del Clavileño, don Quijote exhibe su obsesión por la guerra de Troya, y no permite que le venden los ojos, porque dice:

—Si mal no me acuerdo, yo he leído en Virgilio aquello del Paladión de Troya, que fue un caballo de madera que los griegos presentaron a la diosa Palas, el cual iba preñado de caballeros armados, que después fueron la total ruina de Troya; y, así, será bien ver primero lo que Clavileño trae en su estómago.<sup>25</sup>

<sup>22</sup> *Don Quijote*, II, 18, p. 688.

<sup>23</sup> *Don Quijote*, I, 52, p. 526.

<sup>24</sup> *Don Quijote*, II, 39, p. 846. Cf. VIRGILIO, *Aen.* II 6-8.

<sup>25</sup> *Don Quijote*, II, 41, p. 858.

Por otra parte, Cervantes tiene siempre en la mente la llegada de Eneas a Cartago, donde se enlazará con la reina Dido y luego acabará por abandonarla. Al respecto, hace decir a Altisidora: “En vano sería mi canto si duerme y no despierta para oírle este nuevo Eneas, que ha llegado a mis regiones para dejarme escarnida”.<sup>26</sup>

En cierto lugar, don Quijote exhibe un sorprendente y muy elogiado sentido del pudor por respeto a su amada Dulcinea, cuando proclama su recato a doña Rodríguez, quien se ha deslizado hasta su aposento en el castillo de los duques:

—A vos y de vos la pido [*sc.* seguridad]—replicó don Quijote—, porque ni yo soy de mármol, ni vos de bronce, ni ahora son las diez del día, sino media noche, y aun un poco más, según imagino, y en una estancia más cerrada y secreta que lo debió de ser la cueva donde el traidor y atrevido Eneas gozó a la hermosa y piadosa Dido.<sup>27</sup>

Más adelante, la desenvuelta Altisidora le lleva serenata a don Quijote, cantándole estrofas como estas:

Llévaste dos mil suspiros,  
que a ser de fuego pudieran  
abrasar a dos mil Troyas  
si dos mil Troyas hubiera.  
Cruel Vireno, fugitivo Eneas,  
*Barrabás te acompañe, allá te avengas.*<sup>28</sup>

Quien se haya paseado a lo largo y ancho del *Quijote* quedará admirado de las inacabables aventuras que Cervantes sabía emprender por los campos del clasicismo, como puede verse en aquel pasaje donde dice que el creador de libros de caballerías:

<sup>26</sup> *Don Quijote*, II, 44, p. 883.

<sup>27</sup> *Don Quijote*, II, 48, p. 912. Cf. Virgilio, *Aen.* IV, 116-167.

<sup>28</sup> *Don Quijote*, II, 52, p. 982.



[p]uede mostrar las astucias de Ulixes, la piedad de Eneas, la valentía de Aquiles, las desgracias de Héctor, las traiciones de Sinón, la amistad de Eurialo, la liberalidad de Alejandro, el valor de César, la clemencia y verdad de Trajano, la fidelidad de Zópiro, la prudencia de Catón.<sup>29</sup>

Y, ya hacia el final de la novela, cuando don Quijote vuelve a pasar por el sitio donde había caído frente al Caballero de la Blanca Luna, él atenúa el recuerdo de su derrota, remitiéndose al dicho de Virgilio en el décimo verso del Canto tercero de *Eneida*: *Hic Troia fuit*; pues dice: “—¡Aquí fue Troya! ¡Aquí mi desdicha, y no mi cobardía, se llevó mis alcanzadas glorias [...], aquí finalmente cayó mi ventura para jamás levantarse!”<sup>30</sup>

Y tanto le obsesiona a Cervantes la caída de Troya y la tragedia de Dido, que refiere que en una posada encontró don Quijote dos lienzos o “sargas pintadas”, y

[e]n una dellas estaba pintada [*sic*] de malísima mano el robo de Elena, cuando el atrevido huésped se la llevó a Menalao, y en otra estaba la historia de Dido y de Eneas [...]. Notó en las dos historias que Elena no iba de muy mala gana, porque se reía a socapa y a lo socarrón, pero la hermosa Dido mostraba verter lágrimas del tamaño de nueces por los ojos. Viendo lo cual don Quijote, dijo:

— [...] (*sc. si*) encontrara a aquestos señores yo, y ni fuera abrasada Troya ni Cartago destruida, pues con solo que yo matara a Paris se excusaran tantas desgracias.<sup>31</sup>

¿Podríamos haber imaginado que reaccionara así don Quijote ante estas pinturas? En efecto, declara nada menos que a él le habría gustado enfrentar al causante de la guerra de Troya y al de la destrucción de Cartago. Captamos así que don Quijote, en la arrolladora pluma de Cervantes, declara aspirar a ser actor principal en la *Iliada* y en la *Eneida*, las epopeyas mayores del mundo clásico.

<sup>29</sup> *Don Quijote*, I, 47, p. 492.

<sup>30</sup> *Don Quijote*, II, 66, p. 1054.

<sup>31</sup> *Don Quijote*, II, 71, p. 1087.

Tales son las aventuras grecorromanas de don Quijote.

Menuda sorpresa nos llevamos al ir catando que Cervantes no solo sabe de libros de caballerías, de Amadís de Gaula, de Tirant lo Blanc y de Felixmarte de Hircania y de todos sus congéneres, sino que ha consumido abundantes veladas leyendo a los clásicos: no ya a los griegos (porque en su tiempo todavía se recordaba el *Graecum est. Non legitur*, o sea, “Es griego; no se lee”), pero sí a los de la Roma inmortal, fuente inagotable de la cultura de Occidente.

## DON QUIJOTE NO SE LLAMABA “ALONSO QUIJANO”\*

Margit FRENK

Entre los muchísimos que han escrito sobre el *Quijote*, pocos son los que no han llamado a su protagonista “Alonso Quijano”. Se parte generalmente de la convicción de que ese era el nombre original del personaje antes de que enloqueciera, su nombre verdadero. ¿Y lo era realmente para Cervantes? Conviene que recordemos cómo ocurren las cosas en el texto mismo de la gran obra. Claudio Guillén ha escrito recientemente que “Cervantes nos sorprende una y otra vez, incitándonos a examinar críticamente los más variados temas, convirtiéndolos en problemas”.<sup>1</sup> Este, a mi ver, es uno de ellos.

\* Leído en sesión pública solemne de la AML, celebrada en la Universidad de Guanajuato el 28 de abril de 2005; este texto es la primera versión de la ponencia presentada por la autora en el coloquio “El que a buen árbol se arrima... Horizonte cultural del *Quijote*”, llevado a cabo en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, en mayo de 2005.

<sup>1</sup> Claudio Guillén, “Cauces de la novela cervantina: perspectivas y diálogos”, en Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, ed. y notas Francisco Rico, presentaciones Mario Vargas Llosa, Francisco Ayala y Martín de Riquer, estudios sobre “La lengua de Cervantes y el *Quijote*” de José Manuel Blecua, Guillermo Rojo, José Antonio Pascual, Margit Frenk y Claudio Guillén, Madrid, Real Academia Española/Asociación de Academias de la Lengua Española/Alfaguara, 2004, pp. 1145-1153; la cita, p. 1150.